



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA POR
D. ALFONSO ENRIQUE OLLERO.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

A LOS NIÑOS SUSCRITORES

Queridos lectorcitos: Al encargarme de la Dirección de esta *Revista* estoy en el deber de dirigirme á vosotros. Nome conocéis, ni os conozco, y Dios sabe cuánta sería mi satisfacción si os conociese á todos personalmente. Empero, si esto no es posible, deseo que sepáis, por lo ménos, que vosotros los niños sois mis únicos amigos. La tarea más grata que pudiera el Soberano Creador haberme dado, sería sin duda alguna la que el laborioso y honrado padre de familias, D. Nicolás Gon-



Hernán-Cortés.

zalez, Editor de este periódico, me ha impuesto al confiarme los trabajos literarios de su *Revista LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA*. Si mi inteligencia y capacidad, por desgracia muy cortas, estuviesen á igual proporción y altura á que por esta causa se encuentran mi buen deseo, contentamiento y ardiente entusiasmo, os podría seguramente prometer grandes cosas, y por de contado gratas satisfacciones y muy provechosos frutos; pero yo no puedo ofrecer más que poner de mi parte todo cuanto dentro de mis facultades sea posible para que no halleis des-

agradable la lectura de vuestro periódico, y que mezcladas é interpoladas con multitud de cosas, más ó ménos áridas, más ó ménos entretenidas, vayais encontrando aquí y allí buenas máximas, saludables consejos, variada enseñanza, y todo cuanto debe constituir la base, cuerpo y adornos del edificio de vuestra educacion moral y científica. Yo os amo con todo mi corazón, y soy con los niños otro niño. Vosotros me encantais, llenais mi alma entera, y á vuestro lado me siento completamente feliz. No me aburrís jamás; no me haceis perder la paciencia, como á tantos y tantos hombres graves, con vuestros juegos, vuestros gritos, vuestras continuas preguntas, vuestras inconveniencias y vuestros muchos defectos. Lejos de eso, me haceis reir y gozar extraordinariamente; mi mayor satisfaccion es agradaos, y mi único deseo seros útil. Figuraos con cuánto placer pensaré en mis suscritorcitos, escribiré y trabajaré para ellos, y qué dichoso me hareis si veo correspondido mi cariño con vuestro afecto, recompensado mi sudor con vuestras palmas, y regocijada mi alma con la certidumbre de haberos hecho algun bien. Quiera el cielo que así sea; asístame con su luz, foco primitivo de toda sabiduría, y en nombre del Divino Jesús, que tanto os amaba, continuemos la tarea empezada por otros con tanta felicidad, y emprenda yo la que me impone desde hoy el cargo de Director de LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA.

ALFONSO E. OLLERO.

HERNAN-CORTÉS

Fernando ó Hernan-Cortés nació en Medellín, provincia de Badajoz, en 1485, y murió en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, en 1547. Fueron sus padres Martin Cortés y Monroy y Doña Catalina Pizarro y Altamirano. Aunque estos le enviaron á Salamanca á la edad de 14 años, su carácter inquieto y turbulento le apartó de los estudios literarios, dedicándose á la carrera de las armas, para la que era más idóneo, y sirvió algun tiempo en Italia á las órdenes del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. Descubierta el Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, se embarcó en 1504, dejándose llevar de su génio emprendedor y aventurero, y en Santo Domingo fué muy bien recibido

por el gobernador de la Isla, su pariente Nicolás de Ovando. Desde este punto, en 1511, pasó á la Isla de Cuba con Diego Velazquez de Leon, encargado de colonizarla, el cual le nombró alcalde de la capital de la Isla, y logró que se casase con Doña Catalina Juarez, de la que tenia un hijo, que apadrinó el mismo Velazquez. Comisionado por éste para realizar la conquista de Méjico, emprendió esta expedicion en 1518 con once naves pequeñas, poco más de quinientos hombres, diez y seis caballos y diez piezas de artillería. Se apoderó de Tabasco, Tlascala y Cholula, hizo alianza con varios príncipes indígenas, fundó la ciudad de Veracruz y emprendió la conquista del imperio de Motezuma. La extraordinaria habilidad, esquisito tacto y prudencia suma de Hernan-Cortés, no pueden aquilatarse, y es de todo punto imposible que en estas cortas líneas podamos dar, si no muy ligera idea de las dificultades de todo género que venció este consumado diplomático, y de los altos hechos y proezas que llevó á cabo uno de los más insignes capitanes que han producido los siglos, honra de España y la más preciada gloria de Extremadura. Nos limitaremos, pues, á apuntar ligeramente los sucesos capitales de su vida.

Motezuma, Emperador de Méjico, lleno de temor al saber la llegada de los españoles á sus dominios, envió ricos presentes á Cortés para que se alejase de su imperio. Este contestó que agradecido á los obsequios recibidos pasaria á la capital á dar las gracias al Emperador, y así lo hizo, en efecto, con sus soldados, siendo recibido por Motezuma con aparente cordialidad. Los indígenas veían en el capitan español á Quetzalcohuatl, antiguo civilizador del Anahuac, que segun las leyendas y tradiciones del país, debia volver algun dia por el Oriente, por lo cual le miraban con gran respeto. Poco antes de esta época el cacique de Centsa habia regalado á Cortés una esclava llamada Marina, la cual le sirvió de poderoso auxiliar unas veces como intérprete, otras como consejera y no pocas como hábil embajadora.

Cortés se vió en muy graves apuros, ocasionados por la indisciplina de sus soldados, que querían desistir de su empeño atemorizados y acosados de tantos y tantos miles de enemigos, y que juzgaban locura y te-

meridad el proseguir en tamaña empresa. En uno de estos casos tomó una resolución heroica: lleno de intrepidez, valor y confianza en sus propios destinos, quemó las naves que hasta allí les habían conducido, y de este modo, viendo imposible la retirada, se hallaron sus soldados en la alternativa de vencer ó morir á manos de los indígenas, y este es, sin disputa, uno de los hechos más gloriosos que registran los anales de la patria hispana. Dentro de Méjico se atrevió, porque así convenia al éxito de sus planes, á poner prisionero al mismo Emperador Motezuma, y cuando más la fortuna le sonreía y más próxima parecia la realizacion de sus atrevidos y gigantes cos planes, vióse en la dura precision y pasó por la profundísima amargura de tener que marchar con parte de sus fuerzas á batir á Pánfilo Narvaez, á quien Diego Velazquez, gobernador de Cuba, habia enviado, merced á pérdidas sugestiones, para prenderle como rebelde y traidor á su Rey. Hernan-Cortés derrotó á Narvaez completamente en una sola noche, y afiliando á los suyos los soldados que éste traía, lo que fué un auxilio poderoso, volvió á Méjico, donde las crueldades é imprudencias llevadas á cabo por Alvarado, durante su ausencia, habia concitado contra los españoles las iras y furia de los mejicanos, y siendo imposible la resistencia contra tan numerosos, valientes é inteligentes enemigos, emprendió la famosa retirada llamada de la noche triste.

Seis meses despues volvió con refuerzos á emprender la conquista de la capital, y despues de un sitio de 80 dias se apoderó de ella, haciendo prisionero á Guatimozin, último emperador, que habia sucedido á Cristahualt, sucesor de Motezuma, que habia muerto á resultas de una pedrada recibida al querer apaciguar una sublevacion de los mejicanos durante la permanencia de Cortés en Méjico. Terminada la conquista pasó Hernan-Cortés á España, donde Carlos V le hizo grande de España con el titulo de marqués de Valle de Ojaca, y capitan general de Nueva-España. De vuelta á su gobierno, hizo una expedicion al mar del Sur, y descubrió la península de California; pero volviendo á España á pedir reparacion de algunos agravios, no pudo recibirla de Carlos V, á quien acompañó á la expedicion de Argel. Por último, viéndose oscurecido y

olvidado, se retiró á Castilleja de la Cuesta, pueblo de la provincia de Sevilla, en donde murió. Fué casado dos veces; y dejó cuatro hijos de su segundo matrimonio, y además otro hijo natural que tuvo de la india Marina. Esta es la miniatura de un hombre de tan gigantescas proporciones que no caben ni en las líneas de un tomo del mayor volumen, ni el lienzo más colosal del arte de Murillo.

EL HUEVO DE COLON.

Todas las cosas son difíciles antes de ser fáciles.

Esta especie de proverbio se atribuye á Cristóbal Colon, descubridor del Nuevo Mundo, quien, como todos los grandes hombres, se veía molestado por la falta de los envidiosos y rebajado en su mérito por los innumerables pedantes, que siempre por desgracia abundan en el mundo. — Con este motivo cuéntase que estando comiendo un día con varios de sus detractores, tomó un huevo pasado por agua, que sirvieron á la mesa, y les propuso que viesan quien de ellos era capaz de colocarlo en la mesa, poniéndolo derecho sobre la punta. — Lo ensayaron todos varias veces, poniéndolo de esta y de la otra manera, y despues de muchas infructuosas tentativas, ninguno consiguió su objeto. Tomando entonces otra vez Colon el huevo, les dijo:

— Señores: la cosa no es tan difícil como parece, y dando un golpecito sobre la mesa con la punta del huevo, y aplastándola un poco, consiguió que se mantuviera derecho. — ¡Oh!!! exclamaron todos, esta es la cosa más fácil del mundo. — Es verdad, repuso Cristóbal Colon; convengamos, sin embargo, en que á juzgar de su extrema facilidad no habiéndolo dado en el quid, y que yo solo he sido el que ha resuelto el problema. Lo mismo sucedió, pues, con el descubrimiento del Nuevo-

Mundo. — Todo lo que es natural parece fácil cuando una vez se ha conocido o encontrado. — La dificultad y el mérito están en ser el primero en conocerlo y demostrarlo. — Muchos creen apócrifa esta anécdota atribuida á Cristóbal Colón; pero pertenecerá ó no á la inventura de este hombre inmortal, es lo cierto que por su mucha

importancia y aplicación merece que la conozcan nuestros jóvenes lectores, y procuren siempre aplaudir con respeto y mirar con veneración á todos los inventores y á todos aquellos que en cualquier manera hayan sido los primeros en dotar á la humanidad de una cosa útil.



LA NIÑA DESCONSOLADA. — Toma, niña, esta peseta, — corre y compra algunas viandas.

LA NIÑA DESCONSOLADA

I.

Por un camino adelante
Caminaba, caminaba
Una niña ¡pobrecita!
Muy triste y desconsolada.
Llegó á la márgen de un río,
Y entró resuelta en el agua
Para ir al otro lado,
Diciendo con muchas ansias:
— ¡Quiera Dios que llegue á tiempo,
Madre mía de mi alma!

II.

— ¿Dónde vas tú, pobre niña?

Dijo un barquero al mirarla,
Y, empuje dando á los remos,
Fue á recogerla en su barca.
— Voy á abrazar á mi madre,
Que se muere y que me llama.
— Pues vuelve atrás, pobre chica...
¡Tú madre ya no te aguarda!
Dió un grito la niña, y dijo:
¡Madre mía de mi alma!

III.

Por un camino adelante
Caminaba, caminaba
Una niña ¡pobrecita!
Muy triste y desconsolada.
— ¿Dónde vas sola, hija mía?
Le dijo al verla una anciana.

—Voy pidiendo una limosna,
Porque yo no tengo nada,
Dadme el pan de cada día,
Porque el hambre ya me mata.
—Toma, niña, esta peseta,
Corre y compra algunas viandas.
Corre la niña diciendo:
—¡Gracias, señora, mil gracias...
Voy á encargarte una misa,
Madre mia de mi alma!

IV.

— Señor cura, señor cura,
La misa aplique mañana
Por el alma de mi madre,
Que Dios en su gloria haya;
Pedid tambien que á su hija

La ampare la Virgen Santa.
Dió la niña la moneda
Y allí calló desmayada.
—¿Qué tienes, niña, qué tienes?
El buen cura preguntaba.
—Esta niña tiene hambre,
Dijo llegando la anciana,
Que, paso á paso, tras ella
Vino luego en su demanda.
Le echaron caldo en la boca,
Y, en sí volviendo, exclamara:
—¡No me olvides en el Cielo,
Madre mia de mi alma!

V.

Tuvo un sueño al otro día
La Niña desconsolada;



—Señor cura, señor cura,—la misa aplique mañana—por el alma de mi madre,—que Dios en su gloria haya.

Soñó que la anciana aquella
Era la Virgen que ampara,
La que le diera en los campos
Una moneda de plata.
Soñó que su misma madre,
Desde la gloria, le manda
Por medio de la Señora
Esta respuesta tan grata:

«No temas que yo te olvide,
Hija mia muy preciada,
Que el mismo Dios de los cielos
Hijas como tú las ama.
Su misma madre, que es madre
De las desdichas humanas,
Será tu madre en la tierra,
De tus virtudes prendada.»

Tendrás tú muy larga vida,
Gozando de paz y calma,
Y á mi lado, cuando mueras,
Has de volver consolada,
Pues quien honra padre y madre
Esta es la dicha que alcanza.
Adios, pues, y hasta la vista,
Hija mia de mi alma.»

VI.

No sé si el sueño era sueño;
Sólo sé que aquella anciana,
De su amor filial en premio,
La tuvo siempre en su casa.
Sé que vivió muchos años,
Y que murió como Santa,
Sin dejar un solo día,

De los de vida tan larga,
De exclamar, orando al Cielo:
¡Madre mía de mi alma!

ALFONSO E. OLLERO.

EL NIÑO INDEPENDIENTE

I.

Un joven de unos quince años, pero que aparentaba más por su robustez, estaba en Brest sentado sobre la muralla, con el codo apoyado en un paquete de libros, y las piernas suspendidas sobre el abismo, entreteniéndose en arrojar con mano distraída, al mar que gruñía á sus piés, algunas hierbas arrancadas al muro sobre el cual estaba medio acostado.

La mirada audaz de este muchacho revelaba el valor y la osadía. A su lado se hallaba otro estudiante, pálido y endeble, que en nada se le parecía.

Era contrahecho y de una naturaleza tan pobre que parecía salir apenas de la primera infancia, siendo así que Pablo Minart, este era su nombre, contaba solamente un año ménos que su hermano Juan Francisco. Su raquitismo y escasas fuerzas físicas le hicieron acostumbrarse á una obediencia pasiva, y seguía en todo el parecer de su hermano, al que juzgaba superior en valor, atrevimiento y voluntad. Empero á pesar de esta sumisión, no era tan débil como parecía demostrarlo á primera vista su endeble envoltura, y considerado moralmente ocultaba bajo su raquitica apariencia un vigor nada común, y una fortaleza en su misma inacción como no se encuentra en más fuertes naturalezas. Era indolente por temperamento, y si tomaba la ruta que se le mostraba, era por pereza de buscar otra por sí mismo: esto le hacía unirse á su hermano, cuya iniciativa y temeridad le extasiaba, siguiéndole contento y orgulloso como el soldado sigue á su general.

A la sazón iban al colegio, que estaba próximo, y esperaban sobre la muralla á que fuera hora de entrar en clase.

De repente Francisco se enderezó por un movimiento brusco, y lanzando una enérgica exclamación, estendió la mano hácia la rada.

—¿Ves? ¿Ves, Pablito? la corbeta de instrucción va á aparejar.

El navío designado por el estudiante acababa, en efecto, de levar el ancla. Las vergas estaban guarnecidas con los discípulos del barco-escuela. Las velas se desplegaron una despues de otra, y comenzaron á cortar el viento que se deslizaba á lo largo, y bien pronto la corbeta se lanzó sobre las olas con la ligereza de una gaviota.

De todos los espectáculos propios á interesar la inteligencia humana, ninguno quizá es comparable al de un navío maniobrando sobre una buena mar, con brisa favora-

ble y ondeando la bandera nacional. Los pasos más rápidos y más variados del caballo de carrera no pueden dar idea de esta rapidez de movimientos, de esta coquetería de marcha, ni de la muda gracia con que obedece á la voluntad que la guía. Un navío no es una máquina de madera y de cuerda, como se puede creer viéndole inmóvil en el puerto, es un ser animado por muchas inteligencias, viviendo de muchas vidas que pueden oír y ver, y que hablan con el fuerte argumento del imponente cañón.

La corbeta acababa justamente de hacer oír esta voz, y cruzaba la costa dejando tras de sí una columna de humo.

Francisco se había puesto de pié sobre la muralla, y entusiasmado lanzaba una exclamación de alegría, cuando la campana del colegio resonó como un eco fatídico, interrumpiendo su admiración y contento.

—¡Al diablo la campana! exclamó el estudiante volviéndose contrariado. Es preciso que siempre se deje oír ese metal maldito cuando uno está más divertido. Pudiera tenerle colgado al cuello, á guisa de cascabel, Mr. Jaune. Mr. Jaune era el director del colegio.

Pablo hizo un signo de asentimiento.

—Mira, continuó Francisco, cuyos ojos no podían apartarse de la corbeta, ¡mírala de costado! ¡ya traspasa la barra! ¡qué placer verla deslizarse así sobre las olas!

—Si Mr. Jaune estuviese aquí, dijo el jorobado, nos probaría que Virgilio ha hablado de esta maniobra citándonos un verso latino.

—No me hables de latin, exclamó bruscamente Francisco; es mi enemigo natural. ¡Buen provecho sacaré yo de estudiar á Horacio y á Virgilio!

—El tío nos prohíbe que faltemos á clase, objetó Pablo con un suspiro.

Su hermano se encogió de hombros.

—¿Por qué nuestro tío ha de ser dueño de guiarnos á su antojo? murmuró. ¿Hemos de ser esclavos pudiendo ser libres? ¡Yo quiero ser independiente!

Así era como generalmente empezaban las rebeliones de Francisco, que eran muy frecuentes, porque no quería doblegarse jamás á la voluntad de los superiores. Si le reñían por la pérdida de sus pañuelos, por los girones que se hacía en el pantalón, ó por su negligencia en el estudio, concluía siempre, despues de un corto debate, por invocar su independencia. Su edad no le permitía, ni su carácter indómito, comprender la necesidad de la sumisión y la obediencia que deben los niños á sus padres y superiores, mirando toda contrariedad como un ataque á su libre albedrío.

Esta costumbre, mal adquirida desde la niñez, de obedecer sólo á sus caprichos, le empeñaba á menudo en combates y altercados que turbaban su natural alegría; pero lejos de achacarlo á su falta de docilidad,

acusaba la tiranía de los maestros, y no veía en los tormentos de la lucha sino una escitación á conquistar su libertad.

Su hermano Pablo, más apacible, aceptó sin trabajo la obediencia; pero se asociaba á las rebeliones de su hermano por espíritu de imitación y de compañerismo. Era una especie de Pylades perezoso, corriendo siempre cerca de su Orestes, á fin de no verse obligado á buscar solo su camino, y participaba de sus aventuras, sin haberlas provocado, pero también sin temerlas.

Cuando oyó á Francisco invocar su independencia á propósito de la clase de monsieur Jaune, comprendió que se acercaba una sonada contra el latín, y poniendo sus libros que tenía debajo del brazo sobre el parapeto, esperó tranquilo la declaración de guerra.

No se hizo esperar. La campana ya no sonaba, cuando Francisco volvió la cabeza hacía el colegio con una expresión despreciativa.

—Que allá se entretenga Mr. Jaune en explicar sus églogas y sus elegías, que yo tengo necesidad de respirar el aire libre; exclamó. Quiero seguir los ejercicios de la corbeta.

—Veamos, pues, el ejercicio, Juan Francisco, dijo Pablo en tono de indiferencia filosófica.

—Mr. Jaune es dueño de enfadarse si así le place, añadió Francisco; á mí me importa su cólera tres cominos; y en cuanto á nuestro tío, si su objeto es privarme de la libertad, yo sabré alfombrar mi calabozo con las hojas de Virgilio, y daré mis libros al cocinero para chamuscar los pollos.

—Podrás también dar los míos, añadió el pequeño Pablo tranquilamente.

—Bajemos al puerto, exclamó Francisco; desde allí veremos mejor los ejercicios, y cuando la corbeta haya concluido, pescaremos cangrejos para poner en los bolsillos á Mr. Jaune.

Pablo asió la correa que sujetaba sus libros, y los arrojó sobre su joroba, á guisa de morral, siguiendo con la mayor calma á su hermano.

Se dirigieron hacía la cuesta que rodea los baluartes del castillo.

—Los compañeros estarán ocupados ahora en saborear las bellezas de los ablativos absolutos, dijo Francisco riendo; yo me burló de la gramática y de los latines de monsieur Jaune. ¡Oh! ¡no hay placer sin libertad! Hoy vamos á divertirnos como unos hombres, Pablito.

—Divirtámonos, pues, exclamó éste, paseando en torno suyo una mirada indiferente.

A la sazón pasaban una media docena de muchachos pertenecientes á la compañía de grumetes. Al ver á Pablo se detuvieron, soltando la carcajada.

—Escuchad, dijo uno señalando al joro-

bado; hé allí una embarcación doblemente contraída, lleva la serviola á la popa.

—Será algún contrabandista, añadió un segundo, y llevará el contrabando en la espalda.

—¡Seguid vuestro camino, ganapanes! dijo Juan Francisco amostazado, porque no podía sufrir que se burlaran de la deformidad de su hermano.

Los grumetes le miraron.

—Perdon, exclamó el mayor de los muchachos en tono jocoso, tirando al aire su sombrero galoneado; ¿su señoría manda alguna cosa? ¿qué quiere que se le sirva? ¿un puntapié ó un puñetazo?

—Tómale tú primero, rugió Juan Francisco, aplicando al grumete un soberbio bofetón.

El pequeño marino retrocedió aturdido, pero volvió bien pronto furioso, arrojándose sobre Francisco, que le recibió vigorosamente. Por un arranque natural Pablo se había lanzado al socorro de su hermano, los grumetes le asaltaron y se empeñó un combate general.

Aunque por el número la lucha era desigual, la agilidad y la fuerza de Juan Francisco, hábilmente secundado por su hermano, tuvieron largo tiempo la victoria incierta, hasta que los transeúntes se interpusieron, obligando á los grumetes á retirarse, quedando los dos jóvenes estudiantes mal heridos y ensangrentados, en medio de sus libros y de sus cuadernos esparcidos á sus piés.

—¡Hé aquí una parte del placer! dijo Pablo, que se frotaba los brazos con aire lastimero; debieras haberlos dejado pasar, Juan, en igual de romper el fuego.

—¿Por qué se burlaban de nosotros? exclamó Francisco exasperado; ¿es uno dueño de elegir persona? ¿puedes tú evitar el ser jorobado? Que vuelvan otra vez, y yo les daré más puñetazos que pelos tienen en la cabeza. No sufro tiranías, ni injusticias; quiero ser independiente.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

—Es cierto, pero ahora...

—Ahora ya será otra cosa, dijo Clara; tendrás lo necesario, y yo bajaré á verte todos los días; y si no... mira, papá, ¿no sería mejor otra cosa?

—¿Qué?

—Que María se subiese á mi gabinete, que es demasiado grande. ¡Las cosas no se hacen á medias! Yo la quiero mucho, seré muy feliz con verla junto á mí, y... se llama María, como se llamaba mi madre. Esto me hará recordarla y rezar á todas horas.

(1) Véase la pág. 312.

Con tales razones no halló el cariñoso padre medio de resistir á las súplicas de Clara, y una hora despues la enfermita se hallaba instalada en el mismo dormitorio de ésta, en una excelente cama, y esperando la visita de uno de los mejores doctores de Madrid.

En cuanto á Flavia y á Miss Sara, de nada se apercibieron, pues se hallaban en el teatro.

Clara estaba loca de alegría.

Todas las diversiones, todos los goces de la tierra no valian la milésima parte del puro gozo que disfrutaba.

El médico declaró que la enfermedad de María era muy fácil de curar, merced á un buen régimen, á varios específicos que recetó, y los baños del mar que creia necesarios.

—¡Oh! qué felicidad, dijo Clara besándola cariñosamente; ya verás cómo dentro de poco corremos por la playa de Valencia ó Alicante, y cómo nos divertimos cogiendo conchas y viendo pescar.

—¡Ir yo á esos sitios! ¡Pero esto es un sueño! exclamó María, que no podía comprender lo que le pasaba.

—No, hija mia, dijo la anciana con una súbita inspiración; esto es el premio de tu fé y tu amor, puesto que, como ya sabes, y te lo ha repetido nuestro buen párroco, Dios ha dicho: «Yo amo á los que me aman.»

Al siguiente día Miss Sara entró al despacho del señor de Montalvan muy indignada y ofendida.

—¿Qué es esto, señor? dijo; he sabido que V. ha permitido que Clara tenga en su misma habitación á una despreciable mendiga, á una pordiosera cuyas maneras y cuyo trato no pueden por ménos de perjudicar la buena educación de las señoritas.

—¿Y por qué? preguntó con calma el anciano.

—¿Por qué? porque el contacto con ciertas gentes es perjudicial á las buenas maneras, á las ideas elevadas. ¡Oh! lo que es yo no encuentro nada que me repugne más que un mendigo, y desde ahora declaro que no entraré en el gabinete de mi educanda interin permanezca en él esa muchacha.

—Entonces puede usted buscar donde estar, dijo con severidad el señor de Montalvan, porque esa niña significa mucho para mí: significa la primera obra buena que llevo á cabo, inspirada por mi hija: significa el hermoso corazón de mi Clara, á quien deseo complacer, tomando bajo mi protección á María. Y el que repruebe una acción semejante, no será por cierto digno de tener confiada en sus manos el alma de mis dos ángeles, puesto que ahogaría en ella todos los instintos nobles y santos que aún les quedan.

Miss Sara dirigió una mirada furibunda al anciano, y salió de la estancia rígida, erguida y sin pronunciar una palabra.

Pocas horas despues abandonaba aquella casa donde habia pasado tantos años, sin oír los ruegos de Flavia y de Clara que la profesaban un verdadero cariño, á pesar del carácter duro, orgulloso y frio de la inglesa.

Pasaron algunos dias.

El señor de Montalvan cumplió religiosamente su palabra, y nada faltaba á la dulce María para conseguir su curación.

Como es bien fácil de suponer, su anciana abuela participaba de los beneficios que el rico señor la dispensaba, y al verse en aquella opulenta casa, rodeada de comodidades y bienestar, creía un sueño tan inesperada felicidad.

Libre de la miseria y de las privaciones que la rodeaban, su aspecto habia cambiado mucho, y áun parecia haber recobrado toda la agilidad y toda la actividad de los pocos años.

Vestida con un traje digno, aunque modesto, animada por la alegría y sentada junto á la cama de María, en nada se asemejaba á la pobre mendiga que pedia limosna para sostener á la baldadita.

Al mes de estar en aquella morada bienhechora, María dejó el lecho y pudo dar algunos pasos apoyada en el brazo de Clara y de Rosa.

El contento de la pobre niña no podría traducirse con ninguna de las palabras que yo emplease para ello.

Su linda protectora la amaba cada vez más, pues cada día podía descubrir en su alma tesoros mayores de bondad y de ternura.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

CHARADA

Con *cuarta* y *prima* lujosa,
Montado en corcel muy noble,
De graciosa gallardía,
Sigue su camino al trote
Un *todo*, que es, sin dudarlo,
Un *prima* y *tercia* muy jóven
De alguno de la Edad Media,
Duque, caballero ó conde.
Prima y *dos* hace anheloso
Por cierto parque al galope;
Y al ver en una ventana
Al iris de sus amores,
Hace parar su caballo,
Y en el amor que le absorbe,
Una *cuarta* y *dos* le tira,
Que ella amante le recoge,
Caer dejando un pañuelo,
Donde con finas labores
Ella una *tercia* bordara,
Que era inicial de su nombre.

(La solución en el próximo número.)

Solución de la charada del número anterior:
DOLORES.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzales, Silva, 12.